condiciones actuales para una cultura de la paz

Salvador Ludeña López

Los impresionantes estragos provocados por la Primera Guerra Mundial iniciaron a principios del S. XX, con el movimiento de la Escuela Nueva, el camino hacia la instauración de una conciencia colectiva en el mantenimiento de la paz como bien supremo universal.

La siguiente tragedia de la II Guerra Mundial reforzó tal exigencia a cuyo logro respondía, en parte, el nacimiento de la UNESCO, intentando una nueva vía a través de la cooperación internacional para el desarrollo de los derechos humanos, la educación, la ciencia y la cultura. Tal proceso se iría completando con las aportaciones posteriores de la filosofía de la resistencia pasiva y la no violencia con Gandhi, y el de la justicia social en la Educación para el Desarrollo de Paulo Freire.

La paz deja de definirse como la ausencia de la guerra para configurarse como una cultura cívica insertada en el dominio de los valores universales. Los centros de investigación para la paz prosiguen la tarea de instaurar en el espíritu humano la supresión de la violencia, colectiva o individual, como método atávico de resolver los conflictos.

Ha resultado obvio que tales propósitos no han logrado imponerse ni siquiera en una Europa sobradamente experimentada en las peores pesadillas imaginables. Los enfrentamientos armados entre los pueblos han seguido marcando el devenir histórico acompañados, hoy, de nuevos fenómenos como el terrorismo, el integrismo religioso, la violencia urbana o, incluso, la familiar. Al optimismo triunfante de quienes argumentaban el final de la Historia, tras la caída del Muro de Berlín, se ha contrapuesto la cruda realidad de la descomposición, en muchos casos a base de bombas, de diversos Estados y la vuelta a escenarios de destrucción y muerte que reproducen las más crueles imágenes de un tiempo que se supuso pretérito.

Los impresionantes estragos provocados por la Primera Guerra Mundial iniciaron a principios del S. XX, con el movimiento de la Escuela Nueva, el camino hacia la instauración de una conciencia colectiva en el mantenimiento de la paz como bien supremo universal.

Asistimos así a un panorama ciertamente desalentador de cuyo análisis no cabe extraer otra conclusión que la exigencia permanente de perseverar en el desarrollo de una cultura de la paz, que abarque todos los ámbitos de la vida social y de las relaciones internacionales y que impregne toda la personalidad humana.

Desde los postulados educativos, si bien se observa una preocupación reciente por la formación de tal personalidad, se detectan profundas contradicciones cuando se analizan el currículum oculto y las ideologías subyacentes en los contenidos curriculares. Los loables intentos en la ejecución de actividades formativas sobre la paz pueden estar olvidando frecuentemente que la paz, además de una actitud personal, viene a ser el resultado de un orden social justo ligado al concepto de Democracia en su más amplio sentido. La paz - como proceso dinámico, continuo e intemporal que es - consiste en un futuro que ha de ganarse desde las decisiones de hoy. Y en este presente habría que analizar las respuestas sociales y pedagógicas -

no sólo las escolares- que se están concediendo a los nuevos, y a veces eternos, desafíos que nuestras sociedades tienen pendientes. De forma somera analizamos estas cuestiones en los siguientes puntos.

-Neoliberalismo económico y globalización.

La economía actual está dominada por los flujos de capital y la especulación financiera. Los mercados son globales pero sólo para el dinero, menos para las mercancías, y mucho menos para las personas. Los centros de decisión, que determinan el crecimiento de la riqueza de los pueblos, son cada vez más ajenos a los mismos y carecen de cualquier control democrático. La concentración de la riqueza y del poder económico, así como de los medios de comunicación, está desplazando la capacidad reguladora del Estado hacia emporios empresariales multinacionales que persiguen la máxima rentabilidad. En el seno mismo de los países ricos las desigualdades aumentan. En los EE.UU., sociedad paradigmática del progreso tecnológico, hay unas 834.000 familias cuya riqueza acumulada es superior a la que poseen otros 84 millones de hogares. De la miseria de miles de millones de personas no hacen falta comentarios. Entonces, ¿cómo puede esperarse otra paz que no sea la basada en las fuerzas militares o en la coacción policial?. Si la ideología liberal supuso una percepción liberadora del hombre en su afirmación individual, frente a los desmanes de toda clase de colectivismo, su aplicación darwiniana en el campo económico conduce a la marginación de amplios sectores sociales y de regiones enteras del Planeta.

la economía ha de considerar, junto a las ventajas de la competitividad y la libertad de mercado, también la exigencia del servicio al hombre y la conveniencia de la cohesión social.

Las gravísimas repercusiones ecológicas de una concepción depredadora de la naturaleza exigen la imposición internacional de límites a la explotación, sin escrúpulos, de los recursos naturales. En definitiva, la economía ha de considerar, junto a las ventajas de la competitividad y la libertad de mercado, también la exigencia del servicio al hombre y la conveniencia de la cohesión social. La ideología dominante no contempla los riesgos de una situación de cuasifeudalización del Estado por grupos de control financiero internacional.

Pobreza y migraciones.

La llegada masiva de personas a los países occidentales en busca de trabajo es un fenómeno imparable y, en algunos casos, una propia necesidad de su crecimiento económico. Los conflictos en el seno de estas naciones enmascaran, bajo las denominaciones de racismo o xenofobia, una auténtica fobia al pobre de la que también son objeto sectores de población marginal autóctonos.A la pobreza material se une la exclusión social en las esferas de los derechos políticos, la educación, la seguridad jurídica o la protección ante el desempleo y la enfermedad. Si las condiciones laborales de los trabajadores inmigrantes no se igualan, y no sólo en teoría, con las del resto, la presencia de una mano de obra barata y sumisa abre la puerta al enfrentamiento por la supervivencia con otros trabajadores locales. De ahí surge la tendencia a la culpabilización de todos los males a los que llegan de fuera. La marginación provoca el resentimiento de los marginados y la respuesta violenta de quienes no tienen mucho que perder. Es falso que las diferencias de raza y cultura provoquen desencuentros, más allá de la adaptación mutua a ciertas diferencias, con frecuencia enriquecedoras. Los residentes extranjeros ricos en la Costa del Sol no parecen suscitar el rechazo de nadie. La formación de guetos, la infravivienda y la miseria constituyen el auténtico problema.

Para la Educación hay un doble objetivo: La integración en el sistema de esta población en condiciones adecuadas y en el respeto a sus culturas, y la formación de todos sobre la verdad profunda de las razones históricas de la exclusión social. Pero la tendencia privatizadora de los sistemas educativos plantea otra cuestión fundamental que no se tiene en cuenta: La convivencia

de todos los niños y jóvenes, ricos y pobres, de donde puede surgir el conocimiento y la cooperación entre ellos, únicamente se podrá conseguir si comparten las mismas aulas. Recuperar el valor de la escuela y la Educación como medios de igualdad y promoción social, además de constituir el mejor instrumento para la paz en el interior de las sociedades, ofrece una puerta al futuro para quienes padecen las desilusiones del presente.

Cuánto nos convendría la relectura de Corazón, aquel libro -hoy casi revolucionario- de Edmondo de Amicis donde, en el zaguán del colegio, coincide esa humanidad compuesta por los hijos del albañil y del industrial, el niño-bien junto al andrajoso, las señoras junto a las criadas. Un espacio común donde el niño rico pueda tener por mejor amigo al hijo del peón más pobre. Habría que intentar hoy que ese zaguán garibaldista, fruto del optimismo de la Ilustración que pensó cambiar el mundo con el pan de los libros, fuera posible. Y de paso, rescatar, si es que aún queda alguno, de la asfixia escéptica y cansina, a ese maestro utópico, sabio e ilusionado a quien tanto debemos.

Las ideologías y el sentido de la Política.

"La democracia está amenazada al mismo tiempo por la imposición de valores, normas y prácticas comunes, y por un diferencialismo y un individualismo extremos que abandonan la vida social en manos de los aparatos de gestión y de los mecanismos del mercado" (Alain Touraine, ¿Qué es la democracia?, 1994).

La vida política se mueve hoy, en efecto, entre ambos extremos con una pérdida creciente del sentido de la utopía y de la confianza en las posibilidades de transformación social a través de la participación en los asuntos públicos. El retorno violento de ciertas formas de nacionalismo extremo, como hemos padecido en los Balcanes, o la pasividad consumista que atenaza al individuo en los países ricos, muestran los riesgos de una cultura democrática que necesita una urgente renovación. Su propia permanencia radica en la capacidad de resistencia al autoritarismo, pero también en una acción positiva contrapuesta al colectivismo agresivo y a la indiferencia apolítica frente a las desigualdades y las exclusiones. Junto al desarrollo de las libertades individuales y colectivas, y a la secularización del marco de las relaciones civiles, exige también el compromiso con el bien común y el Estado de derecho, garante de esas libertades. Por otra parte, la acción política no puede quedar desdibujada en los procesos de integración supracomunitarios por una especie de determinismo económico que condicione los anhelos de cambio o reforma, también ha de ser capaz de responder a las demandas sociales, lo que supone la existencia de mecanismos que permitan la influencia de la opinión pública en las instituciones y en sus actos.

El retorno violento de ciertas formas de nacionalismo extremo, como hemos padecido en los Balcanes, o la pasividad consumista que atenaza al individuo en los países ricos, muestran los riesgos de una cultura democrática que necesita una urgente renovación.

Como conclusión, la cultura de la paz viene ligada a la cultura democrática y al orden social justo. Educar para la paz significa así desarrollar los sistemas educativos para que todos los individuos puedan encontrar la oportunidad de integración plena en sus sociedades, además de avanzar en la construcción de una comunidad internacional basada en la cooperación, y no en la explotación o las relaciones de dominio. Significa, en fin, que de la Cultura, con mayúscula, habrá de surgir el espíritu de la Paz, a condición de que primero la gente pueda saciar el hambre de alimentos y de justicia y de que cada persona, y cada colectividad, cuenten con el camino de la Democracia como forma política de recomponer el mundo y su propia personalidad.

Salvador Ludeña López.
Director C. P. Ntra. Sra. del Paso.
La Ñora.